

Winnicott y el rostro de la madre¹

Laurence Spurling

Resulta interesante hacer una separación entre aquellos pensadores que presentan un sistema cerrado de ideas, y aquellos otros cuyas conceptualizaciones son esencialmente abiertas. Sin duda Winnicott pertenece a este segundo grupo. En su máxima expresión, su narrativa resulta para el lector, una invitación a trascender aquello que él ha escrito, casi a modo de un interjuego. Algunas de sus formulaciones más características son presentadas en un estilo tan compactado y lacónico que requieren de un activo compromiso de parte de la imaginación del lector a fin de ser comprendidas.

Un depurado ejemplo de este estilo lo encontramos en su trabajo “El Rol Especular de la Madre en la Familia y el Desarrollo del Niño”. Winnicott comienza ofreciéndonos una breve descripción de cómo el bebé inicia su separación de la madre. Este bebé observa las cosas del mundo circundante y entre ellas se topa con la cara de su madre. Winnicott se pregunta: “¿Qué es lo que ve el bebé cuando mira la cara de su madre? Deseo sugerir que lo que comúnmente ve es a él mismo” (1971, p. 131). En estas dos breves oraciones, Winnicott nos ofrece la tesis de su escrito. El traza la imagen de una madre que mira a su bebé, así como

¹ Esta es una versión resumida de un trabajo presentado en junio de 1990, como parte de los seminarios de los sábados llamados: “Temas originales en la obra de Winnicott”. Publicado en “Winnicott Studies”, N° 6, 1991, Journal de la Squiggle Foundation. Agradecemos la autorización a la Squiggle Foundation y el permiso de Karnac Books que hicieron posible la publicación de este artículo.

también perfila los cambios que se observan en la cara de la madre que ha registrado el hecho de haber sido “vista” por su bebé. De este modo el bebé se ve en términos de la diferencia que establece con la cara de su mamá, una diferencia específicamente relacionada con la respuesta de la madre al niño. Es así como el bebé se ve, por así decirlo, en la sonrisa de su mamá o en el brillo de sus ojos.

Winnicott describe la cara de la madre, en términos del desarrollo, como precursora del espejo. Lo que el bebé o niño verá cuando investigue en el espejo, habrá estado determinado por aquello que vio cuando fijó su mirada en el rostro de su madre. Algunas madres no devuelven al bebé el reflejo de él mismo. En un rostro rígido o colmado de ansiedad el bebé no logrará verse sino *sólo ver a su madre*, particularmente su estado emocional y sus defensas. Por su parte el bebé no tendrá la impresión sensorial de haber sido visto por su madre. Si estas fallas en el reconocimiento quedan establecidas como un pattern (modelo) no se desarrollará la tendencia creativa del bebé para establecer relaciones con aquello que lo rodea. Según Winnicott: “Si el rostro de la madre no ofrece respuesta, entonces un espejo será un objeto para mirar y no para investigar” (p. 132). Investigar, opuesto a mirar, implica: “Un intercambio significativo con el mundo, un proceso de ida y vuelta por el cual el enriquecimiento propio se alterna con el descubrimiento del significado en el mundo de las cosas vistas” (p. 132).

La formulación de Winnicott según la cual cuando el bebé investiga la cara de su madre se ve él mismo, es una idea sorprendentemente sencilla. Considero que vivida como una idea correcta porque nos comunica algo que todos sabemos, que siempre hemos sabido, pero que nunca hemos encontrado expresado de esta manera. Esta es una idea enormemente útil para entender qué sucede en una psicoterapia, tal como Winnicott aclara hacia el final de su trabajo, en un párrafo recurrentemente citado:

“Hacer psicoterapia no es formular interpretaciones claras y adecuadas; se trata, por lejos, de un largo período durante el cual se le devuelve al paciente lo que el paciente trae. Es un complejo derivado de aquel rostro que refleja todo aquello que exista para ser visto” (p. 137).

Se trata a su vez de una idea que, por su poder sugestivo y sencillez, puede resultar engañosa. Si nosotros nos imaginamos el rostro de la madre (o quizás el rostro maternal, que desde luego puede ser tanto el de un hombre como el de una mujer) como si fuera un espejo, necesitamos preguntarnos de qué clase de espejo se trata, y qué forma de reflejo proporciona. Más aún, podemos preguntarnos qué clase de objeto es esta cara, así como también qué clase de objeto es el self que refleja. A lo largo de este escrito sugeriré algunos modos de pensar acerca de estas cuestiones.

ROSTRO, ESPEJO Y AGUA

Winnicott reconoce en su trabajo la influencia que tuvo en él un artículo de Lacan llamado “El Estadio del Espejo”. También señala que Lacan no considera al espejo del mismo modo en que él se propone hacerlo, es decir homologándolo al rostro de la madre.

Resulta útil tomar brevemente a Lacan para notar lo que Winnicott pudo haber tomado de él, así como también para notar en qué punto su postura es diferente. Para Lacan el estadio del espejo marca un punto fundamental en el desarrollo, en el cual el niño logra una percepción de sí mismo, separado de su madre. Cuando se vislumbra en el espejo, el infante se ve por primera vez como una persona por derecho propio. Ve una imagen de su cuerpo como una totalidad y es así como logra imaginar que su pequeño cuerpo devendrá, con el tiempo, en un cuerpo tan grande como el de los adultos que lo rodean. Viendo su imagen en el espejo, se identifica con ella, la interpreta como propia. En esta “suposición jubilosa” (Lacan 1977, p. 2) de una identidad –jubilosa por el hecho de que provoca una risa de triunfo en el niño al verse por primera vez en el espejo como una totalidad, como un cuerpo no fragmentado y como un adulto en potencia–, es en esta presunción, entonces, donde se funda el comienzo del yo.

Sin embargo, dice Lacan, al mismo tiempo que el niño se descubre en el espejo, surge un extrañamiento: se siente enajenado. Esta presunción jubilosa también implica “la presunción de una armadura de identidad alienada, la cual marca, con su estructura rígida, el total desarrollo mental del sujeto” (p. 4). Ahora él se encuentra en otro lugar diferente del cual íntimamente se percibía. Más aún, ese otro lugar, en el espejo, es visible para

otras personas, es en realidad la imagen misma de lo que es él para los otros. De este modo, dice Lacan, esta “ficción que veo en el espejo, esta imagen con la cual me identifico y a la cual otros identifican como *yo* es tomada como aquello que yo soy”. El *yo* nace, para Lacan, como una “función de conocerme” (p. 6), en la cual *yo* me confundo con mi propia imagen en el espejo.

Es claramente notorio que la descripción de Winnicott del rostro de la madre como espejo, ha sido tomada y además presupone la noción lacaniana de la separación del infante y su madre como etapa crucial del desarrollo. Quizás también haya en Winnicott algo de esta “jubilosa presunción” de identidad, instaurada en el momento en el que el niño observa investigativamente a su madre. Pero creo que lo más llamativo reside en la diferencia entre ambas posturas, ya que mientras el estadio del espejo es para Lacan la puesta en escena de un “conocerme”, Winnicott nos plantea que el niño es “reconocido” por su madre, y así pasa a reconocerse.

Sin embargo no es imprescindible que ambas consideraciones sean confrontadas, ya que posiblemente no estén describiendo el mismo fenómeno. Para Winnicott el elemento mediador pasó de ser un trozo de vidrio a ser un rostro viviente.

Esto se torna más claro si comparamos el rostro de la madre ya no con un espejo colgado en la pared, sino con un natatorio o fuente con agua en la cual uno ve reflejada su propia imagen. En un libro titulado *Agua Sobre los Sueños: Un Ensayo Acerca de la Imaginación de la Materia*, el filósofo Gastón Bachelard hace algunos comentarios reveladores acerca de esta distinción, en el curso de una discusión sobre el mito de Narciso –agradezco el siguiente párrafo a Zbigniew Kotowicz, quien está escribiendo un libro sobre Bachelard–.

Bachelard escribe:

“...debemos considerar la ventaja psicológica que significa utilizar agua en lugar de un espejo; el agua nos devuelve una imagen más natural, al otorgarle una cierta inocencia y naturalidad a ese orgullo que sentimos frente a la contemplación privada de nosotros mismos. Un espejo pertenece demasiado a la civilización, es demasiado geométrico y de fácil manipuleo” (1983, p. 21).

El vidrio, dice Bachelard, da una imagen demasiado estable. La imagen que refleja tiende a encerrar a la persona que se mira en el espejo, al devolverle una imagen fija e inmodificable, mientras que el espejo que provee el agua es una alternativa para lo que Bachelard llama “imaginación abierta”. Sobre el agua la imagen se forma y re-forma, producto de un constante movimiento ondulatorio de su superficie. El agua invita y acompaña a la exploración por el tacto, mientras que el brillo y la dureza del espejo impide el vínculo. Más aún, a través del agua la imaginación se abre al mundo, ya que nuestra mirada pasa naturalmente de nuestra imagen al cielo o a la escena circundante que enmarca nuestro reflejo.

Resulta interesante a la luz de esta diferenciación, retomar el relato de Ovidio sobre el mito de Narciso. La laguna donde Narciso cae en trance fatal al mirar su propia imagen está, a decir verdad, descrita de una manera específica:

“Había una laguna límpida, de brillantes aguas plateadas, junto a la cual los pastores nunca habían transitado; ninguna cabra había pastado en las laderas de la montaña, ni ganado alguno se había aproximado antes a ese lugar. Su paz permanecía imperturbablemente resguardada de toda bestia, ave o caída de follaje alguno. Se extendía a su alrededor un tupido césped, eternamente verde debido a la humedad de las aguas vecinas; los bosques circundantes protegían el lugar de la ferocidad del sol, manteniéndolo siempre fresco” (1955, p. 85).

Es esta la descripción de una laguna muy extraña, que estaba a la vez separada de su entorno, y libre de perturbaciones provocadas por la presencia de algo que viviera o jugara sobre su superficie. En realidad se trataba de una laguna muerta. Es una descripción de aguas tornadas en espejo. El tieso, inmutable reflejo que devuelve y se encuentra con la mirada fija de Narciso, es precisamente lo que lo atrapa en un abrazo mortal.

Para Winnicott, el reflejo brindado por el rostro de la madre se interpreta mejor, creo, como aquel referido al agua y no al espejo, ya que el rostro es algo vivo, en constante cambio, modificado por expresiones. Cuanto más estático o rígido se torne, más se asemejará al espejo.

El rostro, al contrario del espejo, no es un objeto que se pueda manipular. Por cierto ni siquiera es un objeto. No existe palabra en la terminología psicoanalítica que logre caracterizarlo. Para Winnicott, el rostro podría ser descripto como un equivalente, en términos humanos, a aquello que Bachelard llama “sustancia natural”, tal como el agua. Escribe Bachelard: “Uno no puede soñar con *objetos* con profundidad. Para soñar con profundidad, uno debe soñar con *sustancias*” (p. 22). El rostro es una sustancia o medio a través del cual uno puede soñar con uno mismo.

ROSTRO Y PAISAJE

Es así que más adelante en su trabajo, Winnicott usa una imagen natural para describir el rostro. Se refiere a una paciente que encontró la fotografía de la cara de Winnicott en la tapa de un libro. “Ella escribió diciendo que necesitaba una ampliación de esa fotografía para poder ver las líneas y todos los detalles de ese ‘paisaje antiguo’” (1971, p. 135-136). Este “paisaje antiguo” era necesario para la paciente, dice Winnicott, no solamente para constituirse en un rostro que la pudiese reflejar, sino también para representar la semejanza con la rigidez del rostro de la madre (p. 136).

En su tradicional estilo hipercondensado, Winnicott se está refiriendo aquí a la transferencia. Conecta transferencia con rigidez, con la fijeza de un rostro con una determinada expresión, que puede así hacer recordar a la paciente de otro rostro: el de su madre. La marca de la transferencia es una expresión fija. Esto es lo que inevitablemente adjudica el paciente a su analista: atribuye a su rostro una cierta fijeza. Cuanto más tome el terapeuta esa imagen como propia, más comprometido se verá en la transferencia.

De esto se desprende que en la típica situación en la cual el bebé se ve reflejado en el rostro de su madre, ese rostro se le presentará sin fijeza, desprovisto de toda expresión rígida. El rostro tendrá vida pero no será tieso.

De este modo la formulación de Winnicott de que la psicoterapia es un derivado complejo del rostro, parecería implicar que la psicoterapia es una especie de ida y vuelta entre dos polos: uno en el cual el rostro del psicoterapeuta es inocente, tal cual lo es el de

la madre, que le devuelve al paciente lo que él es; el otro polo, en el cual la cara del terapeuta resulta fija, define la marca de la transferencia.

El cambio de una cara inocente y desnuda a otra signada por la fijeza de la expresión está descrita por otro filósofo, Jean-Francois Lyotard en un ensayo titulado “Scapeland” (El País de la Evasión). Lyotard propone la idea de que el bebé debe ver, se supone, el rostro de su madre como si fuera un paisaje. (1989, p. 217). Para él, un *paisaje* es opuesto a un *lugar*. Paisaje es lo que está más allá, está fuera de los límites. Es el lado opuesto a aquello que separa la selva o campiña agreste de lo cultivado y civilizado. Pero un rostro visto como paisaje cambia cuando comienza a convertirse en lo que él llama el *semblante*.

“La inocencia de transitar por él se olvida. Surgen órdenes que van y vienen entre tú y yo... La ley emite signos que atraviesan lo que alguna vez fuera un paisaje, allí, entre sus restos: indignación, súplicas, pena, buena acogida, repugnancia, abandono. Dice: Ven, Espera, No puedes, Oye, Te ruego, Vete, Sal. Cuando la tragedia pisa el escenario de las pasiones y las deudas, se vacía el paisaje” (1989, p. 218).

En este punto una cara ya no es más un jardín donde uno puede caminar o jugar. Se ha tornado en algo otro que debe ser descifrado. Es algo que debe ser visto más que investigado. Prosigue Lyotard:

“Y sin embargo, si alguna vez te enamoras de verdad, la visión de la cara continúa atrapándote aún si te inclinas ante la ley que emana del semblante. Y así es como ya no logras saber dónde estás... Lo que proviene del otro enamorado no es una simple demanda. Obedeciendo a lo imperativo de la dependencia, aún sin que el ser querido lo sepa, la nada del paisaje en su rostro imprime una desolación muy diferente en tu mente. Ya no eres simplemente su rehén, sino su viajero perdido” (p. 218-219).

La evocación de Lyotard de la cara revelada por el amor, su poder cautivante sobre el amante y la desolación que sella, corresponde a un registro diferente de aquél considerado por

Winnicott. Sin embargo me parece que el “viajero perdido” de Lyotard es una especie de “rehén” de la dependencia, es sólo la otra cara del drama de reconocimiento que describe Winnicott. Contrario a la identidad fija que, en la versión lacaniana, le es devuelta al infante desde el espejo, lo que le es devuelto al niño según Winnicott es él mismo como “imagen abierta”. Este “self”, si se quiere, está en constante movimiento; no es algo fijo, una identidad, que es lo que caracteriza al yo de Lacan, que es esencialmente indefinible; se puede experimentar sólo a través del movimiento, en la imagen de un inocente deambulante en el jardín del rostro, o como su “viajero perdido”.

Es precisamente en el uso winnicoteano de la noción de self donde la diferencia entre Winnicott y Lacan se torna más evidente. Para Lacan el yo no es más que una suma de identificaciones. El self es un concepto diferente, aunque no es sencillo explicitar de qué manera. J. B. Pontalis, quien tradujo *Realidad y Juego* al francés, hace alusión a esta dificultad. Winnicott mismo la admitió cuando Pontalis le pidió que esclareciera la diferencia entre yo y self. Lo que Winnicott sí dijo fue lo siguiente: “Creo que quien use el término *self* no se ubica en el mismo plano que quien use el término *yo*. El primer registro está directamente involucrado con la vida, con el hecho de ‘vivir’”. (Pontalis, 1981, p. 144).

El comentario de Pontalis acerca de esto, y que resulta de gran utilidad, es que para Winnicott el yo representa al organismo como una figura fija, con límites propios, mientras que el self representa un espacio abierto en ambos extremos. Entonces la espacialidad del self es muy distinta de aquella del yo. Se trata de un espacio que uno habita, un espacio de juego y de imaginación, tal cual lo es el espacio del rostro de la madre que el niño recorre.

Si en la pregunta de Winnicott necesitáramos saber dónde transcurre el juego –“si el juego no está ni adentro ni afuera, entonces dónde está?” (1971, p. 113)–, quizás el self se encuentra verdaderamente en su ámbito cuando está perdido en el rostro de la madre.

Traducido por Silvia Feld de Lutenberg.

Descriptores: Función materna.

Laurence Spurling
28b Torrington Square
London WC1E 7JL
England